

EN AMBAS ORILLAS

Antonio Trobajo Díaz (La Nueva Crónica, 19-III-2017)

Hoy es el Día del Seminario. Ocasión para volver sobre la crisis de vocaciones sacerdotales que lleva adueñada de nosotros desde hace una treintena de años y hace ya resentirse la atención pastoral a muchas parroquias y sectores. Además alimenta al alza la edad media de los “curas” que quedan., hace que sea escaso el número de aspirantes en los pasillos de nuestros Seminarios y dificulta cubrir los huecos que van dejando quienes o se jubilan por edad o salud, o porque se les cierra el libro de su vida mortal.

No podemos dejar que estos últimos se vayan sin mostrarles nuestro agradecimiento. Que unas pinceladas sobre su vida (y milagros, que en ocasiones lo han parecido) sirvan también como posible estímulo para quienes están buscando cómo ayudar a que los demás sean felices y así poder serlo ellos. Precisamente en esta clave describía hace poco su decisión vocacional un joven sacerdote de la zona de El Bierzo.

A la otra orilla, la de Dios rico en misericordia y amigo de la vida, se fueron D. Juan Francisco Santamaría, el eterno párroco de Miñambres y Villamontán, y D. Hipólito Carpintero, siempre metido entre pupitres escolares y capillas colegiales. Y D. Miguel Pérez Díez y D. Enrique García Centeno. Uno se fue en enero con casi noventa años de edad y sesenta y cinco de sacerdocio; el otro, hace diez días, con ochenta y dos (menos un día) y a punto de llegar a los cincuenta y ocho. Uno párroco jubilado de El Carmen, en Veguellina de Órbigo, el otro en activo en El Mercado de la capital de la provincia. Los dos nacidos en tierras levíticas, uno en la Valduerna y el otro en Valderas. Los dos pequeños de estatura y listos como el hambre. Brillantes en sus estudios y servidores discretos a tiempo pleno. Llanos en la palabra, pícaros en los diagnósticos, fieles en la amistad, sacrificados en la vida privada, temperamentales a la primera y mansos en las distancias cortas. Seguros en la fidelidad a la Iglesia, abiertos a los cambios culturales del mundo y generosos para responder a las exigencias de ambas ciudadanías. A los dos les tocó en suerte una etapa histórica fascinante y los dos, de diferentes maneras, supieron bracear, junto a otros -eso que llaman sinodalidad- en medio de la riada de novedades. Ambos se dejaron querer y hasta corregir con humildad. Y los dos se fueron al Padre arropados por las oraciones y la gratitud de todos.

Ahora lo inquietante desde esta orilla es preguntarnos si habrá quien recoja el testigo en la carrera del servicio pastoral que ellos realizaron.